

Usos desde el diseño para la representación de un barrio y la restitución de su memoria territorial*

Resumen

La finalidad de este artículo es dar a conocer un proceso metodológico que como resultado investigativo busca hacer frente a los cambios urbanos denominados renovaciones urbanas, elevando la importancia de las vivencias en los espacios de la ciudad sobre su materialidad. Esta propuesta, que conjuga los estudios territoriales y el diseño, aplica metodologías sociales que desde un enfoque empírico plantean nuevas estrategias y abordajes teórico-prácticos.

Inicia con la reflexión sobre las categorías territorio y barrio, para luego dar cuenta de las fracturas urbanas que como cicatrices irrumpen en el paisaje y alteran las dinámicas espaciales y sociales. Más adelante se reflexiona sobre la categoría de memoria y su relación con el territorio, que visto como espacio de apropiación y de lo vivido permite comprender la relación de los lugares y sus recuerdos. Por último, se propone el diseño de una herramienta de interacción social que realiza la reconstrucción imaginaria del barrio en un espacio que traspasa lo físico. El metaterritorio, así denominado, es la restitución de la memoria de sus habitantes y la territorialización de sus recuerdos que permiten mantenerlo vivo. Este aporte, pone en evidencia lo que no se hace relevante a la hora de pensar en las transformaciones de la ciudad. En estas, se pondera lo físico y material antes de lo significado. Es por ello que se buscan alternativas de participación para las poblaciones que se ven afectadas y que por lo general no son tenidas en cuenta en las decisiones. La aplicación de mapas mentales y cartografías sociales, además de entrevistas y diversos métodos, ayudan a la recopilación de datos y a la participación de los actores sociales en la construcción al tener en cuenta sus propios intereses.

* Este artículo se escribe como producto de investigación de tesis en el Doctorado en Estudios Territoriales del ICSH de la Universidad de Caldas bajo la dirección del Doctor Julián López García, Doctor en antropología y profesor titular de Antropología Social de la UNED, Madrid, España.

Carolina Salguero Mejía
Doctora (C) en Estudios Territoriales
Correo electrónico: carolina.salguero.mejia@gmail.com
orcid.org/0000-0002-0290-210X
Google Scholar

Recibido: Octubre 7 de 2017

Aprobado: Abril 4 de 2018

Palabras clave:
Barrio, memoria, metaterritorio,
territorio, transmedia.

Uses of design for the representation of a neighborhood and the restitution of its territorial memory

Abstract

The purpose of this article is to present a methodological process that, as a research result, seeks to deal with urban changes known as urban renewals, increasing the importance of the experiences of the inhabitants in the city spaces over its materiality. This proposal, which combines the disciplines of territorial studies and design, applies social methodologies that, from an empirical point of view, propose new strategies and theoretical-practical approaches. The document starts with the reflection on the territory and neighborhood categories to then account for the urban fractures that, as scars, burst into the landscape and alter the social and spatial dynamics. Later on, there is a reflection on the category of memory and its relationship with the territory which, considered as a space for appropriation and life experiences, allows the understanding of the relation between places and their memories. Finally, the design of a social interaction tool is proposed that conducts the imaginary reconstruction of the neighborhood in a space that transcends the physical space. The so-called metaterritory is the restitution of the inhabitant's memory and the territorializing of their memories, that allow them to keep it alive. This contribution shows what is not relevant when thinking about the transformations of the city in which the physical and material is pondered before the meaning. This is why alternatives are sought for participation of the affected populations to participate, as they are generally not taken into account in the decisions. The application of mental maps and social cartography, as well as interviews and other methods, help in the collection of data and the participation of social actors in urban construction, while taking into account their interests.

Key words:

Neighborhood, memory, meta-territory, territory, transmedia.

Introducción

¿Podemos definir hoy, qué es un barrio? ¿Es posible hablar de su desaparición? ¿Qué puede determinarla? ¿Qué es el territorio? ¿Qué es la memoria? Todas estas preguntas nos permiten indagar sobre si es posible reconstruir territorialmente el barrio desde su memoria más allá de lo físico. Estas preguntas suscitan a la reflexión y a la propuesta que se expone en este artículo.

Hablar de barrio no es solo hablar de un espacio definido política y administrativamente que fracciona la ciudad y da a conocer sus límites y fronteras. Entendemos en este caso por barrio: al lugar de la niñez; de donde se es; el lugar de cercanía con el vecino, que es el amigo de infancia o el familiar más que la persona que colinda con la vivienda, con quien se construyen tejidos por años de redes sociales cercanas; donde el espacio privado va más allá de la casa y se extiende a la calle; el espacio de infancia donde nacimos y crecimos y que marca nuestra propia vida e identidad. Por lo tanto el espacio de significación para sus habitantes, de sentido en relación con lo vivido y de la ubicación de sus recuerdos; es decir de su memoria. Llegar al barrio es llegar a casa, donde la sala es la calle, la esquina el punto de encuentro, la ermita el lugar sagrado y la tienda el lugar del chisme.

Este barrio se diluye con el proceso de modernización de la ciudad de hoy que da paso a nuevas formas de residir, conjuntos cerrados, edificios, arquitecturas funcionalistas que se repiten una y otra vez con diseños similares: como habitáculos que pasan a ser utensilios (Bourdieu, 2006), que cumplen una función, pero que olvidan el sentido de habitar; entendiéndolo como la tierra y el sentido de estar enraizado (Heidegger, 1994; Silva, 2006; Soja, 2014; Bollnow, 1969). Por lo tanto nuevas disposiciones que eliminan la dinámica de lo barrial, de lo simbólico y territorial que marca un sentido de pertenencia (Gravano, 2003) y que lo llevan poco a poco a desaparecer.

Por territorio entendemos no solo al espacio físico sino a la constitución geográfica, histórica y social que en él se localiza; es decir lo que le pertenece. Es el espacio vivencial que el ser humano crea, gestiona, y que supera el espacio material ocupado por volúmenes —geométrico, físico, cartográfico—. El territorio es el espacio de la construcción social al que se le da forma y que moldea nuestros comportamientos y maneras de vida (Bollnow, 1969) y que en su interacción genera relaciones de poder. Por ello el barrio es territorio y está constituido de historias, experiencias, recuerdos y relatos que evocan su pasado, es decir su memoria.

Indagar sobre los procesos memorialísticos del barrio para entender y dar a conocer lo más representativo de este, como, por ejemplo, cuáles son los lugares en los que se localizan los recuerdos y cómo se territorializan, cuáles son sus tipologías y simbologías y cómo se define el espacio vivido, permite hacer una restitución simbólica de este en medio de su desaparición.

Para hacer frente a este planteamiento se propone la construcción de una herramienta que denominamos metaterritorio y que desde la disciplina del diseño busca hacer la reconstrucción de un barrio más allá de su espacio físico para habitarlo de otra manera; es decir mediante las narrativas transmediales y la recolección de relatos memorialísticos de sus habitantes se puede reconstruir un barrio que de manera digital, y en retroalimentación constante, puede permanecer vivo.

Este estudio y propuesta toma como referencia empírica el caso de la comuna San José en la ciudad de Manizales —Colombia— y su proceso de renovación urbana. San José es un conglomerado de 17 barrios que administrativamente se denominan comuna; pero que en este escrito y en el proceso investigativo se toma la decisión de denominarlo barrio por sus características, redes y relaciones sociales. La denominación mediante esta categoría permite

entender sus relaciones socioespaciales, dinámicas históricas y características territoriales. Es un barrio que hace parte de la trama urbana inicial de la ciudad, por lo tanto se constituye como valor patrimonial que poco a poco perdió sus características tradicionales hasta convertirse en uno de los sectores más deprimidos, marginados y con mayores problemas sociales de la urbe. Localizado geográficamente en el centro, cuenta con una extensión de 101,56 hectáreas construidas y 76 hectáreas de área verde.

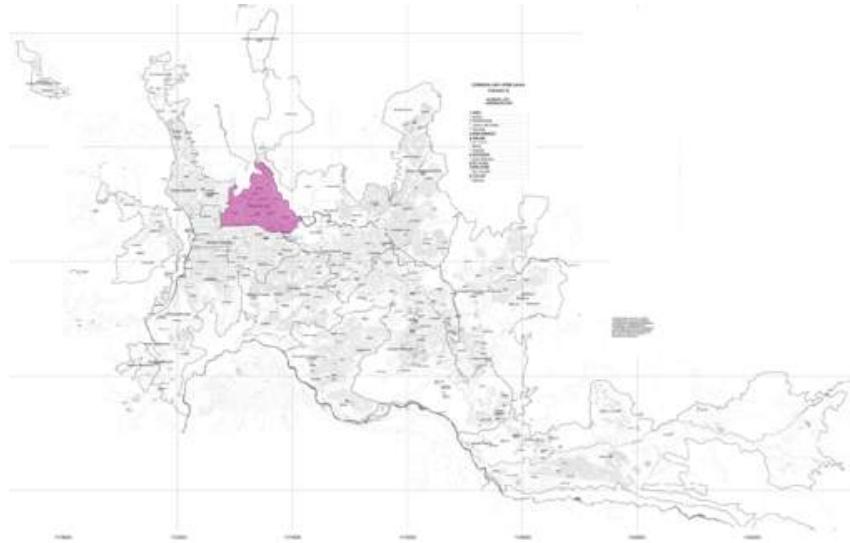


Figura 1. Plano localización de la comuna San José en el área urbana de Manizales.
Fuente: Alcaldía de Manizales, con una modificación por parte de la autora.

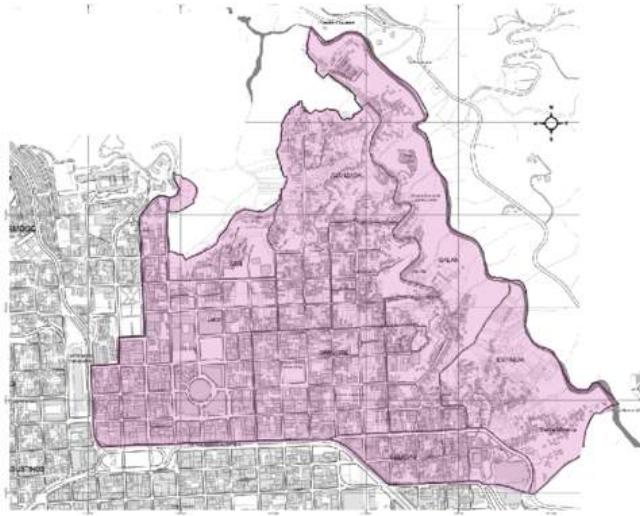


Figura 2. Plano detalle comuna San José.
Fuente: Alcaldía de Manizales, con una modificación por parte de la autora.

El barrio, fracturas y cicatrices

El barrio, de acuerdo con Licona (1994) es

gente y espacio. O mejor dicho es una manera diferenciada de consumir el tiempo y el espacio urbano. Es un “modo de vida”. Es fundamentalmente un espacio vivido. Y es precisamente en estas maneras de “hacer” y de “ser” cotidianas es donde se construye una identidad. (p. 264)

Identidad que según Gravano (2003) “está ligada al barrio estructural como mediaciones y representaciones simbólicas, donde el espacio adquiere significación y no las determina de forma unívoca” (p. 258).

Para Michel de Certeau, Luce Girad y Pierre Mayol (1999) el barrio es la porción del espacio urbano donde el usuario se reconoce y establece límites entre el adentro (lo conocido) y el afuera (lo desconocido), “el lugar de aprendizaje social decisivo que, como la vida familiar, escolar o profesional, se introduce, de manera particularmente poderosa, en el aprendizaje de la vida cotidiana” (p. 115).

El barrio son vivencias, relaciones estrechas, es el sentir del territorio como algo que traspasa lo material, es lo que aún vale la pena vivir y recordar. Es el escenario de acontecimientos, espacios simbólicos e ideológicos que adquieren y construyen valores y referentes de identidades sociales y urbanas (Capiotti, 2009). Como comenta Bourdieu (2006) las nuevas construcciones aíslan a sus habitantes, a diferencia de los “barrios precarios o antiguas barriadas que unían” (p. 148).

El barrio entendido desde la categoría de territorio puede verse como el espacio apropiado, construido y vivido por sus vecinos quienes invadieron terrenos e hicieron sus casas, calles y constituyeron su organización barrial. Por lo tanto es la relación de significación con el lugar en que habitan, con su identidad y su sentido de pertenencia, lo que los diferencia de los otros barrios y marca su estructura. El barrio va más allá de un sentido de residir y se convierte en un verdadero lugar habitado¹; es decir es la casa apropiada, donde vivió el abuelo, el padre, el hijo y por lo tanto constituye una historicidad y en su relación comunal una producción territorial; como comenta Raffestin (2011) “el territorio evidentemente, se apoya en el espacio, pero no es el espacio sino una producción a partir de él” (p. 102).

¹ Hoy las arquitecturas funcionalistas diseñan viviendas similares, repetidas una y otra vez, en las cuales llegan ocupantes a vivir en ellas sin un sentido de apropiación. Esa falta de arraigo puede hacer que estas sean ocupadas una y otra vez por diferentes familias que solo buscan la funcionalidad del espacio.

Es así como el barrio en relación al territorio podemos entenderlo como el espacio construido, apropiado y vivido por quienes han hecho de él su terruño, su lugar de arraigo, constituido por sus propias historias y por su vida misma.

Los barrios han tenido su origen de diferentes maneras. Algunos han sido conformados por procesos coloniales que se enmarcaron en una cuadrícula ortogonal alrededor de una parroquia que les dio su nombre; otros, de tradición prehispánica, fueron constituidos por los asentamientos de grupos ancestrales; otros, al margen de las ciudades, se construyeron como habitación para los trabajadores y sus familias alrededor de fábricas en épocas industriales; y otros, que de manera informal surgieron por la apropiación de terrenos de inmigrantes provenientes del campo en un afán de mejorar su vida se asentaron de manera ilegal, invadieron terrenos y autoconstruyeron sus casas sin ninguna planificación, lo que deja paisajes desordenados y arquitecturas inconclusas, fenómeno que se hace presente con mayor fuerza en Latinoamérica y que se denomina barrios populares, piratas o marginales.

Estas cuatro tipologías de barrio se diferencian en su constitución y su origen, no así en su sentido de construcción de barrialidad; que es la apropiación, el arraigo por su tierra, por quienes son, sus historias, su solidaridad, costumbres, identidad y el apuro por su organización social, de donde surge el sentido de pertenencia. Así, pues, barrio es territorio porque va más allá de residir y se convierte en el verdadero lugar habitado, es ese lugar de pertenencia que marca la vida y que conforma una relación social ubicada geográficamente en un espacio. Gravano (2003) comenta: “la identidad barrial está ligada al barrio estructural como mediaciones y representaciones simbólicas, donde el espacio adquiere significación” (p. 258).

Por ello su identidad, pertenencia y significación del lugar común, los hacen diferentes unos a otros no solo físicamente sino culturalmente; las fiestas,

reuniones, apropiaciones del espacio, entre otros, proporcionan también su reconocimiento.

El barrio, pensado bajo estas características, tiende a desaparecer. Las dinámicas de vida el día de hoy son otras: es difícil conocer al vecino, no hay una relación estrecha con la comunidad y no se habita la casa de antaño. Los barrios, desde sus características de vida y su propia esencia, son reemplazados por las construcciones sin alma; lugares que siguen un manual, con lineamientos homogéneos y estandarizados que se repiten una y otra vez en diferentes latitudes: centros comerciales, avenidas, vivienda de interés social y de mayor poder adquisitivo —con la excusa de “recuperar espacios de la ciudad”—. En este devenir histórico se presentan procesos de cambio estructurales, sociales, espaciales, entre otros, que marcan fracturas en su *continuum* y que lo afectan como territorio.

Vemos al barrio como un cuerpo animado, vivo, una materialidad que se trasciende a partir de su proceso de identidad. Si la materialidad se destruye, el territorio continúa vivo en el recuerdo de sus habitantes, en las vivencias que en él tuvieron, en una memoria del pasado que continúa presente en la mente, por lo tanto en su esencia como valor que denominamos alma territorial.

No obstante, debe entenderse que el territorio por naturaleza cambia, no puede verse como estático y detenido en el transcurrir del tiempo; este está impregnado de sucesos que lo hacen reacomodarse dentro de un proceso normal y natural. Estos cambios que asumimos como fracturas son los hitos más representativos que de origen natural, simbólico o físico acontecen y ejercen un cambio en la expresión y el transcurrir tradicional reacomodando dinámicas y relaciones socioespaciales. Es decir un suceso natural como un terremoto o un deslizamiento; un suceso simbólico como la migración donde arriban nuevos pobladores; o un suceso físico como la construcción de una

vía que divide la estructura morfológica del barrio; son condicionantes que hacen que este deba reajustarse. Estos acontecimientos producen cicatrices que asumimos como marcas o tatuajes² que quedan visibles en el territorio y que sin embargo con el transcurrir del tiempo sanan; es decir que no cambian la esencia del barrio. Sin embargo hay cicatrices incurables que modifican radicalmente el ritmo barrial, llevándolo a prácticas diferentes alejadas de lo tradicional. Estas son las que llevan al barrio a un estado agonizante.

El barrio San José —claro ejemplo de esto— ha tenido en su transcurrir histórico diversas fracturas de origen natural, simbólico o físico que han reajustado su dinámica territorial. Hoy, vive una fractura física de renovación espacial que difícilmente cicatrizará y que seguramente lo llevará a su muerte.

San José tuvo su conformación en 1849 cuando la ciudad de Manizales fue fundada por inmigrantes provenientes de municipios antioqueños bajo la denominada colonización de “los veinte” que llegaron a sus grandes laderas en busca de producción minera (Arenas, Melo y Valenzuela, 1970)³. En el punto más alto, y como toda ciudad herencia de la colonización española, se configura la plaza central y alrededor la cuadrícula perfecta —en los terrenos donados por Manuel María Grisales— donde se emplazan las viviendas de las personalidades más representativas. Fabo (1924) cita un informe que argumenta:

he trazado pues, un círculo de 800 metros de radio, que equivalen a una longitud de 100 varas granadinas, o sean las diez cuadras donadas, porque esa era la medida vigente en el tiempo en que se hizo la donación. (p. 115)

² Elementos visibles que difícilmente se quitarán del paisaje.

³ “Desde finales del s. XVIII, los pobladores de La Ceja, Abejorral y Sonsón habían proyectado ocupar las tierras al sur del río Arma. Presionados por las concesiones realengas iniciaron en 1807 la marcha por las vertientes; las fundaciones de Aguadas (1808) y de Salamina (1827) son prueba de la presencia de esta corriente migratoria, que estaba ocupando nuevos espacios para la ampliación de la frontera económica de Antioquia [...]. De estas corrientes migratorias surgieron en el s. XIX los municipios de Pácora (1829), Quinchía (1842), Neira (1844) y Manizales (1849)” (Zambrano y Bernard, 1993, p. 149).

La ciudad naciente se comunicaba por cuatro caminos principales, en tres de ellos se emplazaron plazas con parroquias que fueron configurando la trama de la urbe. Al Norte se ubicó la parroquia de San José, nombre adjudicado a la devoción del Santo y frente a ella la plaza del Mico⁴. Alrededor se construyeron viviendas para los ciudadanos (Fabo, 1924). Así, crecen sus calles empolvadas con casas levantadas en bahareque⁵ y madera al estilo ‘temblorero’ que reflejaban la ciudad naciente en una arquitectura vernácula de estilo antioqueño (Ceballos, 1991).

Una arquitectura de tipo “colonial antioqueño” que reproducía los municipios de origen (figura 3). Según Robledo (1996) “estrictamente hablando, no diseñaban, construían; no creaban arquitectura, repetían lo que ellos mismos habían visto hacer en las construcciones en las que se iniciaron en el oficio como aprendices” (p. 74).

Una primera fractura de origen natural se presenta en los años 20 con tres incendios⁶ que destruyeron un gran número de manzanas alrededor de la Catedral y la Plaza Central y generaron el desplazamiento de los habitantes a diferentes sectores entre ellos San José. Los nuevos habitantes se ubicaron en la zona más plana y alta del barrio.

⁴ Nombre que toma en aquella época y que luego cambia por Parque Colón y Parque San José.

⁵ Bahareque se denomina a la estructura en madera y guadua (bambusa) con muros llenos (en tierra) o huecos, los cuales se apoyan en sobrecimientos de tapias construidos generalmente como muratura exterior de los primeros pisos y acabado a la vista en revoque de mortero de tierra y cagajón. Al respecto, el historiador Luis Londoño anota en 1924: “este método de edificar, continuado y mejorado hasta la actualidad, puede considerarse una especialidad manizaleña” (como se citó en Muñoz, 1999, sin paginar).

⁶El primero en julio de 1922, el segundo en julio de 1925 y el último en marzo de 1926.



Figura 3. Primera iglesia de San José, 1948.
Fuente: Archivo parroquia San José.

Este hecho llevó a la ciudad a un ajuste urbano, modificó el tamaño de sus calles para hacerlas más anchas y su estilo arquitectónico reemplazó la madera por materiales más duraderos como el concreto. El paisaje del centro de la ciudad se transformó notablemente al coincidir con el desarrollo económico que en la misma época tuvo auge gracias a la producción de café, la llegada del ferrocarril y la construcción de cuatro cables aéreos que atrajo arquitectos internacionales para reconstruir admirablemente el centro pasando de una “civilización de guadua” al estilo republicano (Ceballos, 1991); como comenta

Valencia (1990), “estos tres pavorosos incendios cambiaron la concepción sobre el tipo de material que se debía utilizar para la construcción y a partir de 1926 la ciudad se empezó a modernizar” (p. 114). Hecho que marcó un alto contraste con la arquitectura de San José que continuaba siendo de madera y que se vería de menor valor frente a las nuevas edificaciones.

Como segunda fractura de origen simbólico se presenta en la migración campo-ciudad que por la misma época se da gracias al auge económico e industrial. Este hito histórico atrajo inmigrantes de municipios aledaños que arribaron en busca de oportunidades laborales (Zambrano y Bernard, 1993). Se establecieron más al Norte, en una zona de media pendiente de San José donde invadieron terrenos y construyeron sus casas en materiales tradicionales que con el tiempo se fueron reemplazando por ladrillo y cemento como símbolo de progreso y dieron origen a barrios populares ilegales que poco a poco entraron en la legalidad.

Una tercera fractura de origen físico y determinante para la condición actual de San José es la que se presenta en los años 70 con la construcción de la Avenida del Centro. El crecimiento y modernización de la ciudad, el número en aumento de vehículos y la búsqueda de ampliar la vía para facilitar el desplazamiento de los ciudadanos de Oriente a Occidente, hizo que se planeara la construcción de algunas avenidas entre ellas la ampliación de la calle 18. La Avenida del Centro buscó una mejor circulación de uno de los núcleos más importantes de la ciudad tanto de flujo vehicular como comercial. Se tomó la decisión de ampliar la vía de dos carriles a cuatro de doble sentido para hacer una prolongación de la Avenida Santander en su totalidad. Al respecto, comentan Arenas, Melo y Valenzuela (1970):

la localización central de transporte colectivo, urbano e interurbano, al extremo norte del núcleo antiguo de la ciudad para lograr principalmente que esté ligada a los sectores de negocio y comercio y que se pueda llegar hasta ella perimetralmente, esto, dentro de las limitaciones impuestas por la topografía. (p. 190)

La construcción de esta avenida rompió con la continuidad física y simbólica de lo que hasta la fecha se había considerado centro y creó un límite en lo que hoy se denomina “Centro Histórico de Manizales”. Para el imaginario colectivo este centro histórico se define desde la avenida hacia el Sur, hecho que se soporta en el Acuerdo Municipal 053 de 1987⁷ que hace evidente esta área; desconociendo el valor histórico y patrimonial de San José. Este hecho hizo que San José comenzara un proceso de segregación, la avenida se convirtió en un límite para su ingreso, la condición de marginalidad aumentó su deterioro, el valor del suelo bajó, así sus rentas y costos de vida, por lo tanto se pobló de personas de bajos recursos que difícilmente podían mantener las edificaciones tradicionales. Por ejemplo, mientras en el “Centro Histórico” se decretaban algunos edificios como valor patrimonial y cultural, los ubicados en San José se dejaron al olvido y hoy se encuentran en un estado deplorable. El abandono que por años tuvo San José causó un deterioro no solo físico sino también social, convirtiéndose en uno de los barrios más conflictivos de la ciudad. Es así como en el imaginario colectivo se cree que el límite del centro es la avenida y que San José es simplemente el barrio al cual no se podía ingresar (figura 4).

⁷ En este acuerdo se reglamenta la conservación del patrimonio histórico, arquitectónico y ambiental urbano y rural del Municipio, delimitando el Centro Histórico como sector de conservación desde la calle 18 hasta la calle 24 por ambos costados y desde la carrera 20 hasta la carrera 24 por ambos costados; área de la cual no hace parte San José.

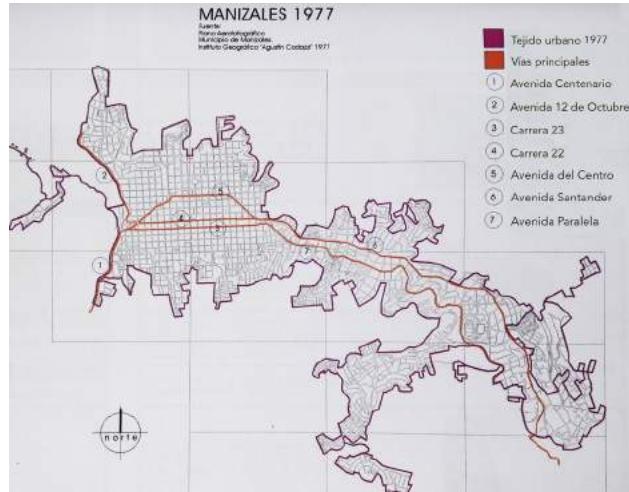


Figura 4. Flujo vehicular 1977.
Fuente: Muñoz (1999).

Una cuarta fractura de origen simbólico es la que se produce cerca de los años 80 cuando arriba una segunda oleada de inmigrantes del campo a la ciudad debido a la expulsión de las poblaciones de sus territorios por la destrucción de las economías locales (Fernández, 1996). Estos, que aprovecharon las condiciones de marginalidad de San José y la facilidad para invadir ilegalmente sus terrenos, se localizaron más al Norte en la zona de pendiente pronunciada⁸ y establecieron sus viviendas por medio de la autoconstrucción y ayuda de la comunidad con materiales precarios como plásticos y madera. La falta de empleo, las condiciones de alta precariedad, entre otras, hicieron que las dificultades del barrio y los problemas sociales fueran en aumento. Al día de hoy, algunos barrios aún se encuentran en la ilegalidad; sus condiciones siguen

⁸ Áreas en las que es prohibido construir por la alta pendiente de más de 45 grados.

siendo las mismas, sus servicios y equipamientos nulos. Para Fernández (1996), esta migración originó de manera general en Latinoamérica “la conformación de grandes aglomeraciones urbanas con una importante componente parasitaria [...] en unas pésimas condiciones de habitabilidad y con unos servicios urbanos muy deficientes, cuando no sencillamente inexistentes” (p. 148).

Hasta este momento cada una de las fracturas reacomodaron el paisaje, la morfología y las dinámicas sociales. Sus cicatrices sanaron reajustando el barrio a sus nuevas condiciones y maneras de vida, por lo tanto continuó presente su esencia. No obstante, hay una última fractura de origen físico que ha sido dramática y ha generado una cicatriz incurable llevando el barrio a su desaparición y muerte. Esta ha cambiado radicalmente el paisaje, la configuración social, la continuidad, costumbres y modos de vida y por lo tanto la esencia de San José.

En 2009, se aprobó un proceso de renovación urbana para intervenir radicalmente el barrio. Fue una propuesta que se gestó desde años anteriores y que encontró su apoyo económico nacional para ese momento. Dio inicio entonces a la intervención urbanística más ambiciosa del país con la construcción de un complejo comercial que irrumpe de manera radical en el paisaje de San José, el trazado de una nueva avenida que en bifurcación pasa por el centro del territorio y lo fracciona drásticamente generando nuevos límites y segregaciones entre barrios y el emplazamiento de vivienda vertical de tipo funcionalista para la reubicación de algunos de sus habitantes y para un proceso de urbanización de personas con mayor poder adquisitivo. Un claro ejemplo de gentrificación que se gesta, comprando predios a precios bajos, para valorizar el suelo y así elevar su renta. Esta fractura que lleva al barrio a un proceso agonizante elimina radicalmente la continuidad vecinal, las redes y relaciones de apoyo al desplazar forzosamente a sus habitantes a otros sectores; por lo tanto rompe con los hilos de relaciones sociales que por

años se habían tejido, con su transcurrir histórico y con sus condiciones de barrialidad. Es una cicatriz imposible de sanar.

La renovación urbana dejará solo en el recuerdo de sus habitantes la vida del barrio, sus vivencias, historias, significados, apropiaciones e identidades, más allá de sus casas y calles. Es así como esta investigación en busca de evitar su olvido plantea un proceso reconstructivo que por medio de la memoria de sus habitantes trae el territorio del pasado al presente. Es mantener vivo el barrio desde su esencia, su alma, esa que va más allá de lo físico y que impide su desaparición completa (figuras 5, 6).



Figura 5. Arriba, centro comercial Fundadores, abajo San José.
Fuente: fotografía por parte de la autora.

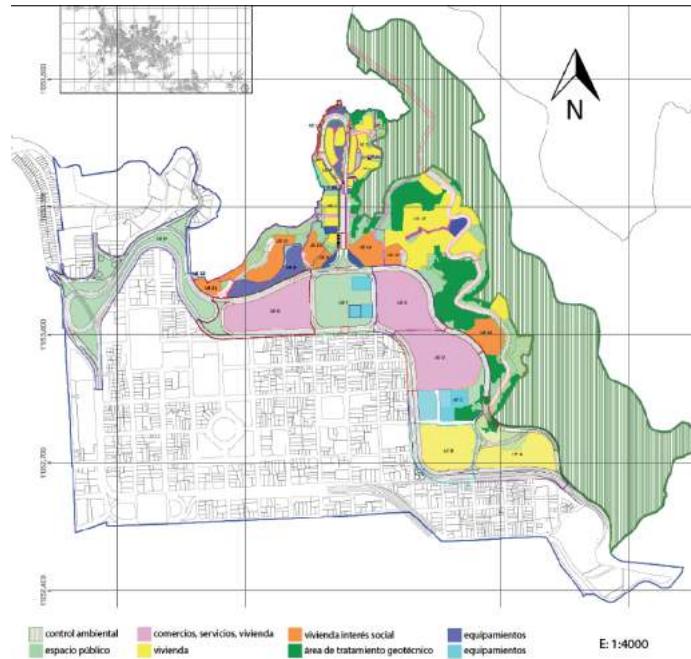


Figura 6. Intervención Macroproyecto.

Fuente: Alcaldía de Manizales, con una modificación por parte de la autora.

Reconstruir simbólicamente el barrio a partir de la restitución de su memoria

La memoria desde Platón y Aristóteles hasta principios del siglo XX fue un asunto de la filosofía. Maurice Halbwachs hizo el cambio de ser de signo y campo a ser un asunto de la sociología y de la historia. En su tesis, Halbwachs (2004), plantea que toda memoria es colectiva: aquello que las personas guardan como su memoria personal, como lo más íntimo y secreto; no es posible sino por su inserción en un grupo humano que se le da forma y posibilidad a

esos recuerdos. Ahora bien, hablar de memoria es hablar del recuerdo de la experiencia vivida que es innata al ser humano y marca momentos de fijación establecidos en un tiempo y en un espacio. La memoria hace énfasis en el recuerdo que permanece vivo y se transmite en el presente, reconstruyéndose una y otra vez. Para Halbwachs (2004) del lado de la memoria se situaba lo concreto, lo vivido, lo sagrado y lo mágico (González, Pagès, 2014 p.279); mientras que para Nora (2008) “la memoria se enraíza en lo concreto, el espacio, el gesto, la imagen y el objeto” (p. 21).

La sinestesia, por su parte, como interactividad en el espacio, cruza los sentidos en un quiasma de sensaciones y recuerdos que permiten guardar lo que se ve en una forma en la que pervive lo perdido (Tuan, 2001). De modo que los sentidos logran la interacción del cuerpo con el entorno en la vivencia, que al pasar el tiempo permite reconocerla. Al escuchar una melodía, apreciar un objeto, percibir un aroma es posible viajar al instante preciso, volver a vivirlo y sentirlo en el presente. Ricoeur (2006) comenta al respecto:

la distinción del pasado y del presente se da en el reconocimiento mismo en el que los acontecimientos retornan con su entorno, su color y su lugar en el tiempo. En una palabra, el acto concreto por el que volvemos a aprehender el pasado en el presente es el reconocimiento. (p. 162)

Al recordar, traemos vivencias del pasado al presente que se hacen visibles por medio de su narración en relatos no cíclicos en los cuales también interviene la imaginación; es decir que es posible contar sucesos de días aleatorios, como si hubiesen ocurrido en un mismo momento. Estos recuerdos permanecen vivos como imágenes mentales que se activan por medio de disparadores de memoria como objetos, olores, sonidos, lugares, entre otros, y en los cuales intervienen los sentidos. Estas imágenes se traen al presente a través del relato que permite la descripción del hecho. Es una retrospectión, que nos evoca la sensación e incluso la emoción del pasado.

Para Ricoeur (2008), la memoria es singular: “mis recuerdos no son los vuestros. No se pueden transferir los recuerdos de uno a la memoria del otro. En cuanto mía, la memoria es un modelo de lo propio. De posesión privada, para todas las vivencias del sujeto” (p. 128). Y en Halbwachs (2004) es un proceso que parte del individuo y va hacia los demás, dando razón al encadenamiento de los recuerdos para constituir una historia. Por tanto, la memoria colectiva —como el autor le llama— se refiere al yo conectado con el nosotros como grupo de pertenencia. Hay entonces una relación dialéctica entre la memoria individual y colectiva, la una no puede explicarse sin la otra.

Entonces podemos entender que cada proceso memorialístico personal constituye la memoria colectiva del barrio; es decir cada recuerdo de un habitante de San José forma parte de la memoria colectiva del territorio. De acuerdo con Licona (2014), el recuerdo “es materia prima para la construcción de un territorio” (p. 147).

Cada recuerdo se establece en un lugar específico, se encuentra localizado geográficamente (una esquina, un parque, una casa entre otros). Al construir la memoria colectiva, a partir de las vivencias de cada habitante, es posible definir una constante de dichos lugares y así dar cuenta de su territorialización; es decir de las apropiaciones materiales o simbólicas que se han hecho en el barrio y que han constituido su propia identidad. Por ejemplo, en San José, se ubica el Puente Olivares; un camino que se trazó desde el arribo de los primeros pobladores sobre la quebrada del mismo nombre para conectar el municipio de Neira con Manizales. Este puente es representativo y repetitivo en las narraciones y constituye para ellos uno de los puntos principales y característicos del barrio.

Cada uno de estos lugares puede conectarse por medio de sistemas y clasificarse en lugares de ocio, de trabajo, religiosos. Estos pueden existir físicamente o

no, sin embargo permanecen presentes en el recuerdo de los habitantes al ser
pregnantes por sus condiciones de apropiación; al respecto, Licona (2014)
afirma:

el territorio edificado por la memoria es un sistema de lugares existentes y desaparecidos. Localizados
en el contexto inmediato, con historicidad propia, jerarquizados por el recuerdo, simbolizados y
practicados, es decir, apropiados socialmente. El tiempo y espacio se estructuran a partir de una serie
de acciones que mantienen el equilibrio del territorio. (p. 164)

De acuerdo con lo anterior, es posible reconstruir el barrio por medio de la
restitución de su memoria y establecer la territorialización de sus recuerdos
(dónde y cómo se soportan y sustentan) para definir y traer al presente los
lugares existentes —o no— físicamente que han marcado su identidad y que
dan cuenta de lo sentido por sus habitantes expresado en el espacio vivido.

Metodología

Cartografías sociales del barrio

El territorio de San José debe leerse inserto en una dinámica de reajuste
permanente. La memoria es la que permite hacer una reconstrucción profunda
en el tiempo para conocer los hechos pasados, la relación significativa de sus
lugares con los recuerdos y la significación de este territorio en los procesos
de la ciudad.

Desde una posición hermenéutica se emplean herramientas de corte cualitativo
traídas de la etnografía que incluye entre otras técnicas la elaboración de
cartografías sociales del barrio que junto con la investigación narrativa permite
interpretar diálogos, textos e imágenes que serán proyectadas en nuevos
espacios de interactividad.

Para identificar lo que denominamos fracturas y cicatrices del barrio buscamos los hitos que han marcado su acontecer y que lo han llevado a un proceso de renovación urbana. Para ello es preciso trazar una línea de tiempo que facilite la observación de sus cambios morfológicos y sociales. La identificación de los sucesos permitió reconocer sus cambios y muestra las razones por las cuales ha llegado a su estado liminal. Esta indagación se realizó por medio de narrativas sobre las historias de vida de los habitantes, mediante las siguientes preguntas: ¿cuáles son los sucesos o acontecimientos que han marcado el barrio?; ¿qué acontecimiento recuerda con más claridad? Las respuestas definen qué, cómo y por medio de qué se recuerda y dónde se establecen los recuerdos partiendo de las características de vida de cada participante. La primera pregunta permite dar cuenta de los hechos fundacionales y las fracturas que se tienen reconocidas en el transcurso del tiempo; la segunda permite conocer la visión de los habitantes con los acontecimientos a partir de la renovación urbana.

Para complementar este punto, se hicieron talleres de construcción de memoria colectiva en los que se ubicaron los recuerdos de cada participante en un mapa que permitió realizar una cartografía colectiva con la interacción en el territorio. Estos relatos son complementados con documentos y archivos históricos (libros, artículos de periódico, vídeos, fotografías, planos entre otros) que permiten ubicar los sucesos y aclaran su marcaje; además, este registro de documentos ayuda a comparar las narraciones de los habitantes con las percepciones de actores externos y sucesos que oficialmente se tienen reconocidos.

Para establecer la territorialización de la memoria se acudió a la cartografía social que fue aplicada mediante la elaboración de mapas mentales⁹ en los que cada participante realizó un dibujo correspondiendo a la pregunta: ¿puede

⁹ Los mapas mentales hacen referencia a dibujos que las personas elaboran desde sus capacidades y percepciones mentales que se tienen de la configuración espacial del barrio, se denominan mentales porque no necesariamente se espera que se acerquen a la realidad sino que sean ejercicios de percepción que facilitan la construcción de una imagen.

hacer un mapa de su barrio?¹⁰ A partir de esta elaboración y su narración se traen recuerdos de vivencias en el barrio que pueden establecerse en lugares para luego observar e interpretar la interacción y la relación con el territorio. Cada participante elaboró un mapa que, junto con una entrevistas tipo historia de vida, se transcribió en una planimetría que ayudó a visualizar la memoria en cada espacio. Estas planimetrías fueron mediadas por tipologías de lugares (lugares peligrosos, de tránsito, educativos, de trabajo entre otros) para obtener una lectura más precisa.

Las planimetrías se interseccionaron a través de herramientas de información geográfica que permitieron reconocer los lugares que más se repiten y que, por ende, son los más representativos para sus habitantes. El resultado puede compararse con la planimetría del proyecto de renovación urbana para identificar si los lugares significativos donde se territorializan los recuerdos han desaparecido, desaparecerán o se conservarán en el espacio físico y sus razones.

Para llevar a cabo este trabajo de campo se tomó la decisión de segmentar el público objetivo en los siguientes grupos: según su ubicación geográfica en zona alta, media y baja¹¹; según su edad en rangos mayores de 50 años, 30 a 50 años y 20 a 30 años; con un total de 21 entrevistas.

Esta situación condiciona y hace diferentes las características sociales y su modo de vida, al igual que la apropiación del territorio y sus relatos (figuras 7, 8, 9, 10).

¹⁰ Teniendo en cuenta que San José es un conglomerado de 17 barrios denominado comuna, realicé esta pregunta haciendo énfasis en la palabra 'barrio' con la intención de saber si la percepción de los habitantes coincide con la división político-administrativa y por lo tanto se consideran de un barrio específico o por el contrario reiterar que 'barrio' puede definirse como todo el territorio.

¹¹ Las características socioeconómicas varían en cada zona, recordemos que San José se constituyó en tres momentos históricos: el primero en la zona alta con personas de mayor poder adquisitivo; el segundo en la zona media, sector que recibió la primera migración y la zona baja donde se encuentra la población más vulnerable. Por tanto, la percepción de cada población es diferente.

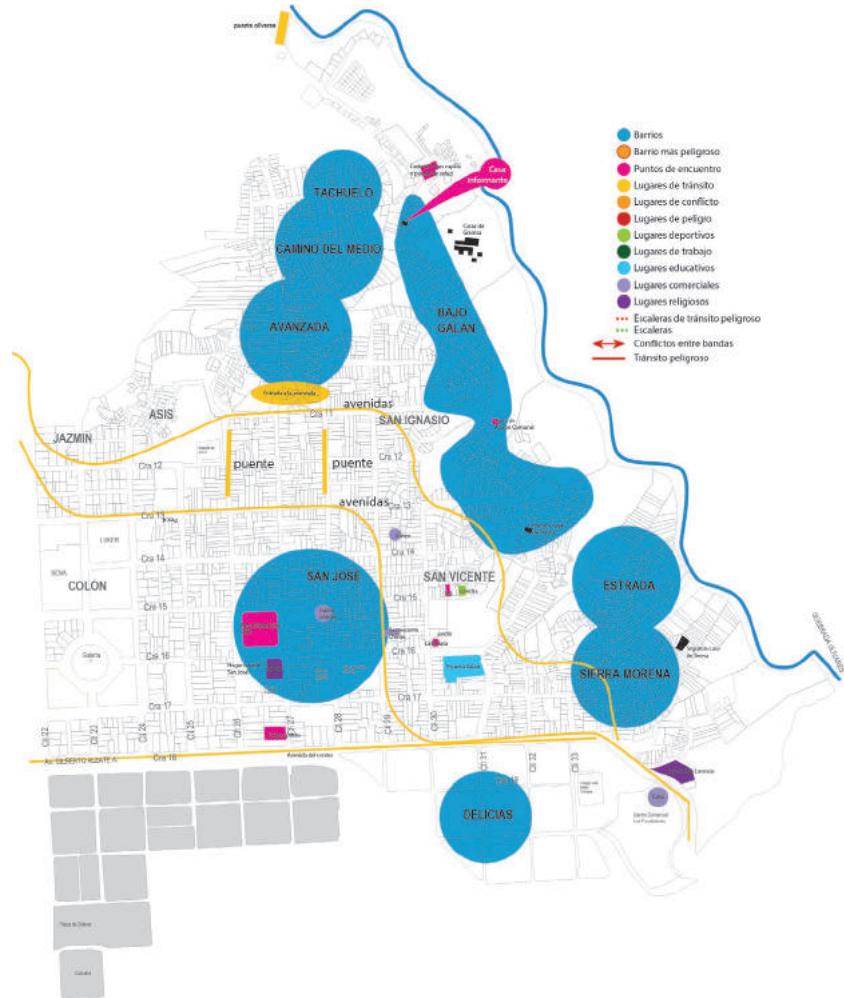


Figura 8. Cartografía elaborada a partir del mapa mental anterior.
Fuente: elaboración propia por parte de la autora.

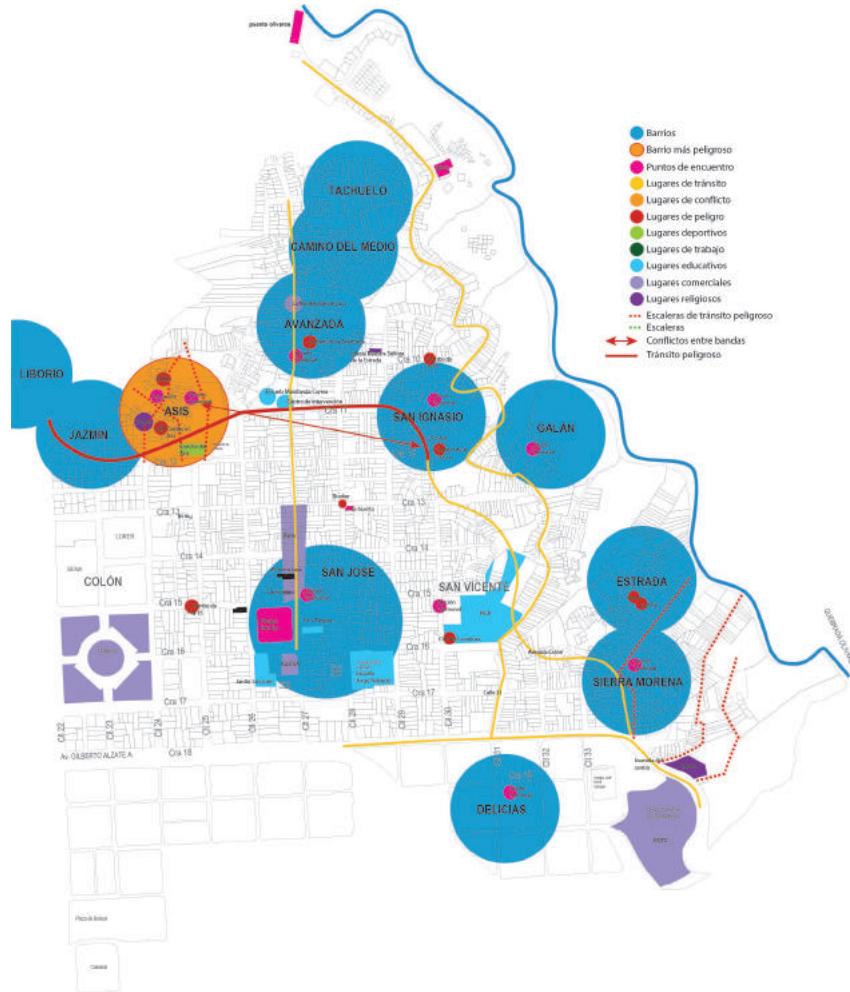


Figura 10. Cartografía elaborada a partir del mapa mental anterior.
Fuente: elaboración propia por parte de la autora.

El metaterritorio como propuesta de restitución simbólica del barrio

Como proceso de innovación, desde la disciplina del diseño y como aporte a los estudios territoriales, se propone una herramienta de interacción social que denominamos metaterritorio. Entendemos por este: a la construcción social de un espacio que no se limita a lo físico, hace uso de las relaciones sociales y del sentido de pertenencia territorial y por lo tanto puede estar representado más allá de lo material. El metaterritorio es una herramienta basada en la narrativa transmedia¹² como medio alternativo que busca reconstruir simbólicamente el barrio por medio de la restitución de su memoria a partir de los recuerdos de sus habitantes, evitando su desaparición y olvido. Este concepto tiene origen en los llamados metaespacios que son construcciones virtuales que trascienden lo físico.

Esta propuesta, vista no solo como formación que propende por el desarrollo de piezas y objetos para un fin determinado sino que tiene en cuenta los procesos y metodologías para llegar a los objetivos, entiende que el diseñador está en la capacidad de facilitar ideas frente a problemas de diferente índole y su quehacer está sujeto a propender por el desarrollo de diversos procesos. Como comenta Escobar (2016): “a medida que el diseño sale del estudio y de las profesiones clásicas [...] y llega a todos los ámbitos del conocimiento, se rompe la distinción entre el experto y el usuario/cliente” (p. 52). Es así como, desde la visión de esta disciplina y frente al problema territorial y la memoria como medio para buscar la conservación simbólica de un barrio que desaparece, se propone el desarrollo y construcción de la categoría metaterritorio.

¹² El concepto de narrativa transmedia (*transmedia storytelling*) fue introducido por el investigador estadounidense Henry Jenkins en un artículo publicado en enero de 2003. Se trata, por una parte, de “un relato que se cuenta a través de múltiples medios y plataformas” y se caracteriza porque “una parte de los receptores no se limita a consumir el producto cultural, sino que se embarca en la tarea de ampliar el mundo narrativo con nuevas piezas textuales” (Scolari, 2014, p. 72).

El metaterritorio es entonces un ecosistema transmedia conformado por varias plataformas con contenidos que abarcan distintas audiencias. Cada plataforma funciona de manera independiente y a la vez se complementa una con otra, esto con el fin de tener un mayor alcance en los públicos de diversas edades a partir de sus caracterizaciones sociodemográficas. Cada plataforma cuenta con contenidos distintos para cada audiencia que les permite una interconexión entre ellas y las audiencias.

El planteamiento y elaboración de esta herramienta hace uso de tres metodologías: cocreación, innovación social e inteligencia territorial, que en combinación permiten llegar al objetivo final; un espacio creado, apropiado y alimentado por sus habitantes. La razón por la que se usa la cocreación o creación colectiva es considerar que el diseño de la herramienta debe hacerse en conjunto entre la comunidad, los proyectistas y el o los diseñadores. Esta estrategia puede tener en cuenta diferentes enfoques, visiones y alternativas, haciendo a la comunidad protagonista y partícipe de las decisiones. Se involucra la innovación social porque al integrar a la comunidad en la elaboración de la propuesta y mantenimiento del metaterritorio, este puede convertirse en un puente comunicativo entre personas que físicamente no están en contacto pero que pueden hacerlo por medio de la herramienta manteniendo vivas sus relaciones; además, el metaterritorio puede convertirse en modelo de iniciativa local que sirve como piloto para incentivar procesos similares en otras ciudades y que al unirse permitan su fortalecimiento. Manzini (2015) comenta sobre la innovación social que son “ideas (nuevos productos, servicios y modelos) que satisfacen las necesidades sociales y crean nuevas relaciones o formas de colaboración. En otras palabras, se trata de innovaciones que mejoran la capacidad de la sociedad para su funcionamiento” (p. 14).

Por último, se decide trabajar la inteligencia territorial que como trabajo científico de inteligencia colectiva que permite el desarrollo de referentes

teóricos, el diseño y validación de métodos y el desarrollo de herramientas tecnológicas orientadas a la aplicación de sistemas para diversos actores, problemas y contextos. Es una construcción desde diversos enfoques y disciplinas que desarrollan y validan el metaterritorio como herramienta tecnológica que pueda abrir un espacio de cuestionamiento y análisis para pensar si es posible llevarlo a una nueva dimensión —más allá de lo físico— y si puede aplicarse a diversos contextos en los estudios territoriales.

En el metaterritorio es posible conjugar las representaciones de las condiciones físicas del barrio con las construcciones imaginadas de sus habitantes para dar cuenta, quizás, de un barrio utópico o idealizado: alejado de la realidad; que sin duda es el barrio sentido por sus habitantes.

En este se reconocen, interpretan y ubican las marcas simbólicas que dan cuenta de las territorializaciones del recuerdo y de su memoria barrial. Es como el cuerpo y el alma en sentido metafórico: el cuerpo como espacio físico construido, que al momento de dejar de existir trasciende en un mundo metafísico como su alma para continuar vivo. Al desaparecer el cuerpo, queda el alma como esencia y es esta la que quedará evidenciada en el metaterritorio como nueva forma de habitar.

342

Es posible entonces desde el diseño proponer nuevos territorios de habitabilidad, nuevos espacios de interactividad donde se restablecen conexiones y relaciones sociales; es decir el barrio visto desde lo material desaparece, pero continúa existiendo en la construcción comunitaria de un espacio más allá de lo físico que mantiene las conexiones y relaciones sociales. Como comentan Gómez y Londoño (2011): “los nuevos territorios de habitabilidad trascienden la ciudad tradicional para dar paso a figuraciones digitales que conforman un lugar contemporáneo, donde lo indeterminado, las topologías, los acontecimientos y los procesos enriquecen la idea de paisaje” (p. 107).

Conclusiones

La memoria es un camino por el cual es posible reconstruir un territorio como hemos visto antes, y la disciplina del diseño bajo un objetivo proyectual permite involucrarse con diferentes disciplinas para plantear procesos que ayuden a este objetivo. El aporte metodológico que se hace en este estudio del territorio permite conjugar memoria, territorio y diseño en pro de un interés social.

La construcción del metaterritorio como herramienta tecnológica de interacción colectiva hace evidente aspectos relevantes del territorio que no se tienen en cuenta a la hora de modificar sus espacios. Esta herramienta busca, desde una participación colectiva, elevar la importancia en la construcción de iniciativas propias que den a conocer la relación de arraigo de las comunidades a sus territorios; lo que por lo general no es visible para el resto de la ciudad y debe tenerse en cuenta en el momento de plantear procesos de cambio espacial. Una comunidad involucrada en los proyectos y en la toma de decisiones de los cambios estructurales que se hagan puede llevar a un verdadero proceso de cambio que realmente mejore su calidad de vida, dando a conocer sus verdaderas necesidades. El metaterritorio puede verse como un instrumento de lucha simbólica que permite hacer eco del pasado, traer voces al presente y hacer proyecciones a futuro en una retroalimentación constante y en una triangulación de tiempos que evita el olvido del barrio.

Referencias

- Arenas, R., Melo, J. y Valenzuela, J. (1970). *Plan de Desarrollo Urbano Manizales*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Bollnow, F. (1969). *Hombre y espacio*. Barcelona, España: Labor.
- Bourdieu, P. (2006). *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Capiotti, R. (2009). Gravano, Ariel. *Antropología de lo barrial: estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. *Horizontes Antropológicos*, 32, 382-385.
- Ceballos, G. (1991). *Manizales de ayer y de hoy*. Manizales, Colombia: Blanecolor.
- de Certeau, M., Girard, L. y Mayol, P. (1999). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.
- Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*. Popayán, Colombia: Universidad del Cauca.
- Fabo, P. (1924). *Historia de Manizales*. Manizales, Colombia: Blanco y Negro.
- Fernández, R. (1996). *La explosión del desorden: la metrópoli como espacio de la crisis global*. Madrid, España: Fundamentos.
- Gómez, A. y Londoño, F. (2011). *Paisajes y nuevos territorios (en red). Cartografías e interacciones en entornos visuales y virtuales*. Barcelona, España: Anthropos.
- González, P. y Pagès J. (2014). *Historia, memoria y enseñanza de la historia: conceptos, debates y perspectivas europeas y latinoamericanas*. *Historia y memoria*,

- Gravano, A. (2003). *Antropología de lo barrial*. Buenos Aires, Argentina: Espacio Editorial. 9, 275-311.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Madrid, España: Anthropos.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Heidegger, M. (1994). Construir, habitar, pensar. En I. Zimmermann, *Conferencias y artículos* (pp. 139-156). Barcelona, España: Serbal.
- Licona, E. (1994). Notas etnográficas de un barrio. En J.L. Lee y C. Valdéz (Comp.), *Ciudades y barrios*. Ciudad de México, México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Licona, E. (1994). Memoria y territorio: lugares, sujetos y sentidos en el Mayorazgo. Puebla. México. En L. Rubio Medina y G. Ponce Herrero (Comp.), *Escenarios, imaginarios y gestión del patrimonio*. Alicante, España: Universidad de Alicante.
- Manzini, E. (2015). *Cuando todos diseñan. Una introducción al diseño para la innovación social*. Madrid, España: Experimenta editorial.
- Muñoz, J. (1999). *Patrimonio Urbanístico, Arquitectónico y Artístico del Municipio de Manizales*. Universidad Nacional de Colombia, Alcaldía de Manizales, Secretaría de Planeación Municipal.
- Nora, P. (2008). *Les Lieux de Mémoire*. Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce.
- Raffestin, C. (2011). *Por una geografía del poder*. Michoacán, México: Colegio de Michoacán.
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

- Ricoeur, P. (2008). *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Robledo, J. (1996). *La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales*. Manizales, Colombia: Universidad Nacional.
- Scolari, C. (2014). *Narrativas Transmedia: nuevas formas de comunicar en la era digital*. En J. Celaya. (Ed.), *AC/E Anuario AC/E de Cultura Digital* (pp. 71-81). Madrid, España: Acción Cultural Española.
- Silva, A. (2006). *Imaginario urbanos*. Bogotá, Colombia: Arango Editores.
- Soja, E. (2014). *En busca de la justicia espacial*. Valencia, España: Tirant humanidades.
- Tuan, Y.-F. (2001). *Space and place. The perspective of experience*. Minneapolis, USA: University of Minnesota.
- Valencia, A. (1990). *Manizales en la dinámica colonizadora (1846-1930)*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- Zambrano, F. y Bernard, O. (1993). *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá, Colombia: Academia de Historia de Bogotá, Instituto Francés de Estudios Andinos.